

## CONDICIONES DEL ACUERDO ENTRE NACIONES SEGUN LA «MATER ET MAGISTRA»

La Encíclica «Mater et Magistra» no trata directamente de problemas de organización internacional o supranacional. Pero subraya con fuerza la necesidad urgente de la armonía y de la colaboración, fundamento de toda asociación de naciones. Frente a los peligros que amenazan la paz, el documento pontificio insiste ante todo en las condiciones de una colaboración a escala mundial. Lo que dice a este propósito responde asimismo a cuestiones esenciales para la construcción de la Europa.

### LA INTERDEPENDENCIA DE LAS NACIONES

La Encíclica constata, ante todo, un hecho: las naciones son cada vez más interdependientes:

«Puesto que las relaciones que ligan a los pueblos, debido al progreso científico y técnico, se han intensificado actualmente en todos los sectores de la sociedad humana, es lógico que las naciones vayan dependiendo cada vez más unas de otras» (200)<sup>1</sup>.

Esta interdependencia es, en muchos conceptos, *universal*. Conoce, sin embargo, grados. Las naciones europeas, reunidas en un pequeño territorio y caracterizadas por un alto nivel de desenvolvimiento económico y científico, tienen entre sí relaciones particularmente intensas. Al mismo tiempo, sin embargo, ellas mantienen múltiples tratos con el resto del mundo, y especialmente con las naciones menos desarrolladas. Los pueblos de Europa toman

---

<sup>1</sup> Citamos por la publicación de la BAC, preparada por F. Rodríguez.

conciencia de lazos que las unen; no pueden olvidar que están encerradas en una vasta red de solidaridad.

El *progreso técnico* hace la interdependencia de naciones cada vez más profunda. Es, por lo tanto, normal que las aproximaciones entre naciones tienda a efectuarse por el sesgo de la economía y de la técnica. Así es que una gran parte de los esfuerzos realizados para unificar la Europa apunten a adaptar los cuadros de la sociedad a las exigencias de la técnica moderna: un más ancho mercado, mayores facilidades de circulación, una organización más racional del trabajo científico, de la producción y de los cambios, un mejor equipo económico y social. No hay lugar para sorprenderse, menos aún para deplorar, como si por esto la Europa debiera necesariamente tomar la forma de una «tecnocracia».

#### UNA SOLIDARIDAD HUMANA

En compensación, hay que decir que el progreso técnico no debe ser considerado independientemente de los seres humanos que le producen o que sufren las consecuencias. Por intermedio de las técnicas es como, en definitiva, entran los hombres en relación. La interdependencia de las naciones es un hecho de solidaridad humana.

«A ello se debe que los problemas de alguna importancia que hoy se plantean, tanto en los órdenes científico y técnico cuanto en los campos económico y social, así como en el cultural y político, rebasen con mucha frecuencia las fronteras nacionales, tomando un alcance internacional y a veces hasta mundial» (201).

En el plano de las relaciones entre naciones se produce —sobre todo entre las más íntimamente solidarias, como son los países de Europa— un fenómeno análogo a esta multiplicación progresiva de relaciones entre los individuos y los grupos, llamado por la Encíclica «socialización». La «socialización» es, por una parte, una consecuencia de la evolución de las técnicas. Pero hay que ver en ella, ante todo, un fenómeno humano.

«El progreso de la verdadera vida social no obedece, desde luego, en modo alguno, a un impulso ciego de las fuerzas naturales; como ya dijimos, reconoce su autor en el hombre, que es ser libre y naturalmente inclinado a obrar de un modo consciente, aunque en su acción tenga que reconocer también y en cierto modo someterse a las leyes del progreso humano y al curso de la economía, ni le sea posible evadirse totalmente de las influencias del medio» (63).

Del mismo modo, la multiplicación de lazos entre naciones sufre la influencia del desenvolvimiento económico y del progreso social, pero es fun-

damentalmente obra de los hombres. Será, por lo tanto, seguir un falso camino contar exclusivamente con métodos de organización, por muy perfeccionados que sean, para disponer las uniones entre los pueblos, para crear entre ellos la unión. En esta perspectiva, el fin último de la unión europea no puede ser mejorar la administración de las cosas. Es más bien constituir una comunidad, o para echar mano de una fórmula de la «Mater et Magistra», «los miembros serán considerados y tratados como personas, estimulados a participar activamente en su vida».

#### EL AISLAMIENTO ES IMPOSIBLE

La solidaridad de hecho que se establece cada día más entre las naciones no deja a ninguna la posibilidad de quedarse aislada, de replegarse sobre sí misma, de rehusar el cambio y el diálogo. Cada nación tiene necesidad de las otras; cada una es necesaria a las otras.

«Ocurre así que las naciones particulares, aun cuando sobresalgan por su civilización y cultura, por el número y capacitación de sus habitantes, por su desarrollo económico, por su abundancia de bienes y por la amplitud de sus fronteras, no pueden, separadas de las demás, resolver por sí solas de modo conveniente sus principales problemas. Por consiguiente, dada la necesidad mutua de completarse y perfeccionarse, las naciones podrán aspirar a su propio desarrollo sólo cuando velen al mismo tiempo por el desarrollo de las demás. De ahí la necesidad de una buena armonía y de una colaboración recíproca entre los pueblos» (202).

Puede satisfacerse esta exigencia de colaboración por medios muy diversos. Los lazos institucionales o contractuales serán más o menos estrechos según que los países asociados mantengan entre sí relaciones más o menos intensas. Tenderán, según los casos, a la cooperación o a la unión. La Encíclica no ha abordado problemas de filosofía política o jurídica que la evolución actual de relaciones internacionales y la aspiración de los hombres hacia la unidad empujan a muchos a plantearse. Pero pone el acento sobre la interdependencia de las naciones en un grado tal que mal se ve cómo, en las condiciones que ella imagina, una inteligencia entre los pueblos podrá conciliarse con el mantenimiento de una soberanía nacional absoluta.

#### LA INTELIGENCIA NO ES FÁCIL

Tomando conciencia de relaciones cada día más estrechas que se establecen entre naciones, los hombres ven cada vez con más claridad la necesidad de la armonía.

«Puede así comprenderse cómo se propaga cada día más en los individuos y en los pueblos la convicción de una necesidad urgente de armonía y colaboración. Pero al mismo tiempo parece que los hombres, sobre todo los que tienen mayor responsabilidad, se muestran incapaces de llevar a cabo estas dos cosas» (203).

El problema está visto a escala mundial. Si las oposiciones parecen menos insuperables a escala europea, hay que reconocer que, aun en este cuadro limitado, los pueblos tienen grandes dificultades para entenderse, cada vez que se trata de realizar una acción verdaderamente común. Estas dificultades —o esta incapacidad— no se relacionan con cosas; tiene por medio a los hombres.

«No hay que buscar la raíz de esta incapacidad en razones científicas, técnicas, económicas, sino en la mutua desconfianza. Los hombres, y consiguientemente los Estados, en realidad se temen unos a otros. Cada cual vive en el temor de que el otro abrigue proyectos de dominio y de que busque el momento favorable para la realización de sus designios» (203).

No hay hasta ahora proporción entre el temor que experimentan, los unos frente a los otros, los Estados de diferentes bloques y la desconfianza que los países de Europa mantienen a la vista de sus vecinos. Pero esta desconfianza es lo suficientemente fuerte para frenar, a veces para detener, los progresos que se perfilan en el camino de la unión.

#### PRIMACÍA DEL ORDEN MORAL

Insuficiencia de técnicas; incapacidad de los hombres políticos; temores y desconfianzas de los pueblos: el acuerdo entre naciones no puede realizarse sino a condición de estar fundado en una voluntad sincera de respetar la justicia, de trabajar por el perfeccionamiento de los hombres, de realizar el bien común. Descansa, en definitiva, sobre el orden moral.

La confianza recíproca entre los pueblos y las naciones no puede nacer y afianzarse más que en el reconocimiento del orden moral. Ahora bien, el orden moral no puede edificarse más que en Dios; separados de Dios, se desintegran.

«El hombre no consta sólo de cuerpo, sino también de espíritu, que se percibe dotado de razón y de libertad. Y un espíritu así constituido pide necesariamente una ley moral, fundada en la religión, la cual sirve mucho mejor que cualquier principio o bien externo para resolver las cuestiones relacionadas con la vida tanto de los individuos cuanto de las corporaciones de ciudadanos, dentro del ambiente nacional lo mismo que en el plano universal. (208).

La lección no mira solamente a quienes hacen profesión de materialismo ateo. Nuestra sociedad europea, que conoce otra forma de materialismo, puede aplicárselo igualmente. También ella tiene necesidad de oír decir que «el progreso científico y técnico, el desenvolvimiento económico, de mejores condiciones de vida —elementos incontestablemente positivos de civilización— no son en manera alguna valores supremos, sino esencialmente medios para un fin absoluto».

Nuestros países de Europa son parte de esas comunidades nacionales de alto nivel de vida entre cuyos miembros se propaga un aumento de creciente insatisfacción en medio de todas las comodidades de la vida. No llegarán a unirse si el solo fin que se propone es el de una sociedad de bienestar. En Europa, como en el resto del mundo, esto no es, muchas veces, más que un lado de la realidad. Hay signos de renovación espiritual. Son señalados por la Encíclica como los signos precursores de una mejor inteligencia entre los pueblos:

«Al mismo tiempo se hace cada día más clara la conciencia de derechos inviolables y universales de la persona, más viva la aspiración a relaciones más justas y más humanas. Son estos motivos que contribuyen a hacer a los hombres más conscientes de sus limitaciones, a hacer florecer en ellos la búsqueda de valores espirituales. Todo esto fundamenta cierta esperanza de que tanto los individuos como los pueblos acaben al fin vinculándose mutuamente en una estrecha y benéfica colaboración» (211).

J. WEYDERT